

Enrique González Martínez: el ocio atento y un silencio dulce

Cien años de *La muerte del cisne*

José Francisco Conde Ortega



Enrique González Martínez

1915 ES UN AÑO DECISIVO para intentar una explicación de la andadura política, social y cultural de nuestro país durante la vigésima centuria; acaso para atisbar en las (sin)razones que han contribuido para que México, en estos primeros años del siglo XXI, se encuentre cada vez más asolado por la ignorancia, la rapiña y la codicia. En plena era del estallido de las comunicaciones, el país parece caminar hacia atrás. Aunado al espectáculo vergonzoso que ofrece sin recato la clase política (corrupción, impunidad, violencia, crimen) un puritanismo a ultranza ha erigido un nuevo Santo Oficio para conculcar todo anhelo de libertad, sobre todo a partir del uso del idioma.

Hace cien años ocurren tres hechos por demás significativos: la Batalla de Celaya, entre el 6 y el 15 de abril; la constitución de la llamada Generación del caos, y la publicación de tres libros de Enrique González Martínez: *Jardines de Francia*, *La muerte del cisne* y la reedición de *Los senderos ocultos*. El primero da un rumbo

definitivo por el que habrá de transitar el país, sustentado en una retórica centrada en un *leit motiv*: la Revolución; el segundo se erige como una reflexión moderna del hecho armado, y el tercero significaría la consolidación y permanencia de una educación y un “gusto” necesario para la gente con instrucción.

El triunfo de Álvaro Obregón, al mando del ejército constitucionalista es, seguramente, el hecho decisivo de la lucha armada que conocemos como Revolución Mexicana. Quizás porque conocía mejor el terreno, Obregón derrota a las fuerzas

villistas y se instaura una forma de ver el conflicto armado. En 1914 se había cancelado todo vestigio de la usurpación huertista; los “ciudadanos en armas”, con sus facciones, defendían su idea de lo que tendría que ser una revolución triunfante. Simplificando, pueden notarse dos bandos: los que, de cierta manera, aprovecharían los restos del antiguo régimen para irlos corrigiendo y los que pretendían un cambio radical para que la lucha armada se dotara de sentido. Éstos tenían como cabezas visibles a Francisco Villa y a Emiliano Zapata.

Un análisis desprejuiciado de este momento ofrecería, quizás, conclusiones no ortodoxas. Una solamente: el proyecto de Villa y Zapata iba más allá de lo que consignan las historias oficiales. Pero perdieron. Y el triunfo de Obregón en la Batalla de Celaya le da el giro definitivo a la Revolución Mexicana. Y allí surge el México de casi todo el siglo xx. Con un santoral cívico y una retórica maniquea, aunque efectiva. La Revolución se institucionaliza y esa masa informe, pretexto y carne de cañón que es el pueblo contempla, prácticamente inerte, cómo los militares ceden la Presidencia a los abogados y éstos, con una retórica gastada por los tropiezos de las promesas incumplidas, dan el paso a los economistas, adiestrados en universidades gringas, que heredan, no una ideología, si bien caduca, sino un país considerado como botín.

La llamada Generación del caos, constituida por jóvenes de entre 17 y 21 años, algunos todavía estudiantes de preparatoria y otros cursando estudios de jurisprudencia, buscó hacer una reflexión para dar respuestas “modernas” a las interrogantes planteadas por la Revolución. La situación en la ciudad y en todo el país era alarmante. En 1915 se había enconado la lucha de facciones. Era urgente pensar en el pasado, presente y futuro del país. Esos jóvenes organizaron conferencias, conciertos y reeditaron la obra de El Ateneo de la juventud, cuyos miembros estaban en el extranjero o comprometidos en la lucha —solamente Antonio Caso continuaba dando su cátedra— pero habían ofrecido un ejemplo del empleo de la razón y de la inteligencia para dar el cauce necesario a los problemas sociales.

Las cabezas visibles de ese grupo eran Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Alfonso

Caso, Teófilo Olea y Leyva, Miguel Palacios Macedo, Manuel Toussaint, Narciso Bassols, Antonio Castro Leal y Daniel Cosío Villegas. Su propósito de establecer un camino razonable y civilizado a la lucha armada muy pronto los llevó a colaborar con los gobiernos emanados de la Revolución. Y no sé si es a partir de este momento cuando la instrucción universitaria y la educación “popular” comienzan a seguir, cada una, su propia ruta. Parece un contrasentido; no obstante, la observación de la vida cotidiana ofrece resultados contundentes. En la realidad de todos los días, los espacios universitarios parecieran ser una aspiración improbable para la mayoría de la gente.

Enrique González Martínez, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Luis G. Urbina y Amado Nervo ocupan el sitio de honor dentro del Modernismo mexicano. Buena parte de su obra ofrece, aun ahora, razones suficientes para pensar en una vigencia estética que ha sorteado los avatares de

Enrique González Martínez



prejuicios grupales, modas de crítica literaria y gustos temporales. Y es obvio: toda obra de arte requiere de una revisión que la confronte, a partir de los imponderables de su tiempo, con los ojos renovados de otros, renovados, lectores. Así, su permanencia tendría que ir más allá de la piedad del contexto. Escrita en el tiempo, la poesía se resguarda en el reloj y apela al calendario. Presente y futuro acendrados en el lenguaje: un presente vivo —el autor— y un futuro que se vuelca en el presente imperioso del lector.

En 1915, Enrique González Martínez publica tres libros: la reedición de *Los senderos ocultos*, cuya primera edición es de 1913; sus traducciones de poetas en lengua francesa, *Jardines de Francia*, y una suerte de temprano testamento poético, *La muerte del cisne*. Escribe Jaime Torres Bodet:

Quienes no habíamos leído a tiempo *Los senderos ocultos*, fuimos a buscar ese libro, en su segunda edición, alentados ya entonces por la lectura de los volúmenes aparecidos en 1915. Para los jóvenes que teníamos aproximadamente la edad del siglo, e incluso para los que eran nuestros mayores, porque habían cumplido más de veinte años, esas tres obras significaron una deslumbrante revelación.

Vale la pena destacar dos aspectos de esta cita. Por un lado, la extrema juventud de los lectores aludidos; por otro, la “deslumbrante revelación” que significaron esos libros. Es decir, la manera en que los jóvenes instruidos de un nuevo siglo se apropiaban de una sensibilidad lingüística gestada en el anterior. De otro modo, es la curiosidad intelectual que supone apropiarse de una tradición para así encontrar con menos tropiezos el propio camino. Con todo esto es posible verificar el ensanchamiento de los límites del Modernismo como movimiento epocal.

La primera edición de *Los senderos ocultos* es de 1913. Y este libro incluye el que, probablemente, sea el poema más citado de González Martínez, “Tuércele el cuello al cisne”, paráfrasis de un verso del *Arte poética* de Paul Verlaine: “*Prends l'élouquence et tords-lui son cou*”, que significa, tal cual, “torcerle el cuello a la elocuencia”. Unión de dos símbolos para un solo proyecto estético. “Cisne” y “elocuencia” constituyen, así, lo accesorio

y superficial a que habían llegado algunos epígonos del Modernismo. González Martínez define, así, su modo de entender la tradición heredada, sus lecturas, sus autores predilectos, sus temas y el tratamiento de lenguaje que éstos requieren.

Este propósito comienza con sus tres libros anteriores: *Preludios*, *Lirismos* y *Silenter*. Tiene su centro con *La muerte del cisne* y se prolonga tres libros más: *El libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño*, *Parábolas* y *otros poemas* y *La palabra del viento*. Ocho libros que van de 1903 a 1921. Libros que encontraron, como lo quería Pedro Henríquez Ureña, multitud de lectores, sobre todo jóvenes, que hallaron en ese discurso su señal de identidad en una comunidad lingüística orgullosa de sus tradiciones. Los lectores de este González Martínez se pueden encontrar hasta más allá de la segunda mitad del siglo xx. Es el González Martínez modernista. A partir de *El romero alucinado* será otro. Quedémonos, entre tanto, con el primero.

No se debe olvidar que el Modernismo es un movimiento epocal; y que sus influencias son tantas, o más, que las que señalan los manuales de literatura, como apuntó José Emilio Pacheco; que surgió primero en la prosa y que dio, en poesía, sus más sazonados y brillantes frutos en las postrimerías del siglo xix. Y su apropiación mayor fue en el idioma. El español de los modernistas ya es el español de América. Curiosamente, la influencia francesa fue el detonador de una conciencia lingüística definitiva. Por eso, los poetas que consiguieron remontar el siglo calaron hondo en la sensibilidad de los lectores. Les hablaban en una lengua reconocible, por más que ésta fuera enriquecida con los artificios de la retórica. El léxico de los modernistas era asequible para las personas instruidas. Y se convirtió en un modo de ser de una época y ensanchó sus fronteras temporales.

Es cierto, la Revolución institucionalizada agrandó la brecha entre ricos y pobres; pero la idea de la instrucción como la única vía válida para el ascenso social se mantuvo mucho tiempo. Concluir la educación primera suponía escribir con bella letra y cuidada ortografía... y leer. La lectura era una costumbre de todos los días. Por eso la gente conocía a sus poetas, y aunque los libros no actualizaran su lista de autores,

éstos, ya muertos, depuraron muchas sensibilidades. Enrique González Martínez murió en 1952. Es posible que en esa década nacieran los últimos cultivadores de la lectura de poemas, de la escritura legible y de la ortografía. Y cambiaron los tiempos.

Enrique González Martínez comienza su obra a principios de la vigésima centuria. A la elegante, brillante —y aparente— frivolidad de Manuel Gutiérrez Nájera y a los arduos ejercicios estilísticos del último Salvador Díaz Mirón, un ingenuo diabolismo había contagiado a los más jóvenes. Los paraísos artificiales cobraron más de una víctima. El hastío de fin de siglo y los aires de la ya inminente Revolución templaron de otra manera los ánimos. Y si Othón se refugia en las lobregeces de su alma pecadora en consonancia con el paisaje, y Urbina depura su tono conversacional y límpido, Nervo decide indagar en su interior y escribir “sin literatura”. Ésta es la búsqueda primera de González Martínez: a partir del conocimiento interior, indagar en el secreto del mundo.

Así, *La muerte del cisne* es una suerte de testamento poético. Depura los procedimientos estilísticos de sus primeros libros y el verso transcurre sin tropiezos por la estrofa. Entre Antonio Machado y san Francisco de Asís, se hace amigo de las cosas más sencillas de la naturaleza y las interroga sobre el secreto del mundo, que conoce intuitivamente: la calma, la tranquilidad, la templanza: la sabiduría. Y aunque pretende ajustar cuentas con cierto Modernismo, un espléndido poema del conjunto —“Hortus conclusus”— es como un aviso de que la muerte de ese cisne iba a ser precedida de una prolongada agonía.

Quizá por eso, en el prólogo a *Jardines de Francia*, Henríquez Ureña se afana en destacar las virtudes de González Martínez como poeta. La traducción de sus poetas preferidos es la manera más certera de apropiarse de la tradición. Es decir, el poema traducido es ya un poema propio. (En estos tiempos se llamaría intertextualidad.) Por otra parte, éste era un procedimiento que González Martínez utiliza desde su primer libro. Y que concreta en *Jardines de Francia* como guía inequívoca de su forma de ver la poesía. No es casual que el mayor número de poemas traducidos sea de la autoría de Francis Jammes, tan cercano a él en muchos aspectos.

Sí, González Martínez ha sido uno de los autores más leídos de la historia literaria mexicana. No sé si se ha valorado lo suficiente su capacidad de transformación. La primera parte de su obra configuró un discurso reconocible y necesario. Con ella educó su sensibilidad gran parte de nuestro siglo xx. La segunda, menos severa y meditativa, constituye la apuesta de un poeta maduro con los nuevos tiempos. Henríquez Ureña, al final del prólogo a *Jardines de Francia*, esperaba tiempos mejores. A cien años de distancia no estamos mejor. Tal vez, un poco a la manera de Machado y otro tanto como san Juan de la Cruz, González Martínez nos diga que “el ocio atento y un oído dulce” nos ayude a soportar estos tiempos en los que la rapiña y la codicia son moneda corriente. ▀▀

